

para consuelo de los que le sirven y desesperacion de los que no le sirven.

He visto pasar ante mis ojos á muchos maestros, y he estudiado los efectos de sus doctrinas sobre mí como sobre mis contemporáneos; jamás ninguno de ellos ha sabido elevarme hasta Dios, ni acercarme á los hombres sino por medio de unos pensamientos, cuya secreta inspiracion estaba en el Cristianismo á consecuencia de un imperio que le queda siempre, aun sobre los que le odian y juran su ruina. Desde el momento en que un hombre se atreve á anatematizar á Jesucristo dándose la mision de enseñar, se le ve caer desde las alturas de Dios á los oscuros abismos de una negacion atea mas ó menos sutil, á lo menos en la indiferencia por todo lo que es de Dios. Entonces puede pronunciar su nombre; pero cuando es una palabra fria, este nombre no tiene alas. Entonces puede decir: Dios existe; pero es un Dios helado que no sabe los caminos del corazon; un ser abstracto y solitario que habita la inaccesible region del infinito y ante el cual el hombre, el hombre que podemos decir que hasta por instinto ruega y llora, pasa sin concebir la idea de una oracion, ni saber derramar una lágrima. Lo propio sucede con la filantropía separada de Jesucristo; puede ella, por una reminiscencia de su origen, ocuparse de las miserias del hombre; pero su mano es fria como una mortaja, y si llega á calentarse bajo el fuego de sistemas quiméricos, entonces trata de conmover al mundo en nombre del amor, y añade á las calamidades humanas, harto terribles ya, la calamidad de unas esperanzas engañosas y de unos vastos deseos en que el universo nada puede, porque está contenido por leyes que el hombre no es capaz de eludir. El honor de la vida cristiana consiste en limitar las necesidades dilatando los espíritus, mientras que la debilidad de las doctrinas exóticas

consiste en aumentar las necesidades achicando los corazones. El Evangelio se resiste á toda falsificacion; cuando no se le toma tal cual es, es decir, con Jesucristo verdaderamente Dios y verdaderamente hombre, no inspira sino imitaciones sin consecuencia, ó á lo mas, pasiones revestidas de un nombre divino. El Evangelio al colocar el amor de Dios y de los hombres en la cumbre de la vida, llevó la perfeccion á su complemento, como llevó tambien á él el poder, obteniendo de sus discípulos que obedecieran á esta ley como á la ley que contiene todas las demás. Siempre se estrellará aquí el genio de la novedad, porque aquí están las fronteras de lo verdadero, de lo bello, de lo santo y de lo practicable. Fuera de aquí empieza la futilidad de la quimera ó la nada del egoísmo.

Hora es ya de concluir, mi querido Manuel, y de responder á esta pregunta, ¿qué es la vida cristiana? La vida cristiana es el culto de Jesucristo, para llegar por medio de este culto al amor de Dios y de los hombres, y por el amor de Dios y de los hombres á la vision de la esencia divina. Jesucristo, hé aquí vuestro maestro; el amor, hé aquí vuestra ley; la vision de Dios, hé aquí vuestro fin.

Todo esto se os habia dicho ya desde vuestra infancia; ó mejor, todo esto se os habia inspirado sin decíroslo. Vuestra buena madre os enseñaba á juntar vuestras manos y á levantar vuestros ojos pronunciando el nombre de Jesucristo, doblaba vuestras rodillas ante su imágen, y acercaba vuestros labios, ignorantes de lo que hacian, á la señal tan severa como amable de nuestra salvacion. Vino un dia en que la razon pareció ante vuestros actos, é inspiró, aunque imperfectamente, vuestros pensamientos. Entonces vuestra madre os condujo á los piés de un anciano, en la sombra y en el silencio de un lugar solemne os

pidió que le descubriérais las nacientes turbaciones de vuestro corazón, vuestras penas, vuestros arrebatos culpables, todos aquellos movimientos secretos que eran en vos los precursores del bien y del mal. Así entregábais á Jesucristo, en la sagrada persona de uno de sus representantes, las primicias de vuestra conciencia. Ella se formó lentamente con este soplo incorruptible de una alma en la cual se derramaba la vuestra; aprendisteis con estas expansiones los goces de la reconciliación y otros goces más penetrantes todavía, que son los de una pureza que se contiene delante de Dios y que puede soportar sus miradas sin sonrojarse. Si fue el instinto de la naturaleza ó la imprudencia de una palabra, que no supo respetaros, lo que os reveló las pasiones, teníais en la oración, en la revelación de vuestras faltas y en el esplendor de nuestras solemnidades, un apoyo más fuerte que las seducciones de vuestro interior y las traiciones exteriores. Otro día vuestra frente irradiaba con la majestad de los doce años. Se os había preparado para aquel día; se os debía iniciar en el más profundo de los misterios de Jesucristo, y resucitar para vos, después de diez y ocho siglos de ausencia, la realidad de su última comunión con sus primeros amigos. En presencia del cielo y de los hombres vinisteis á arrodillaros ante el pan que había sido la vida de vuestros padres, y que iba á ser la vuestra. Lo recibisteis con una fe sin mancha, con un amor conmovido, y entonces pudisteis creer que nada en el mundo sería capaz de separaros de las delicias de la verdad. El pontífice lo creyó como vos, é imprimió en vuestra frente la señal de la fuerza, con un aceite que era el símbolo de la dulzura, y os confió á la gracia de Dios para ser en adelante en este mundo el campeón de la verdadera justicia y del honor eterno. Aun lo recordais; estas fueron las lecciones sembradas en

vuestra alma; estas las impresiones de la inauguración de vuestra vida; así, pues, nada es nuevo para vos ni en los hombres ni en las cosas del Cristianismo. Lo que para vos es nuevo, es volver á tomar á los veinte años esta carrera; á los veinte años, esto es, en los primeros días de vuestra libertad y al ruido de un mundo que no está unánime en repetir lo que os decía vuestra madre, y lo que os asegura vuestra fe. Debeis combatir y convencer; combatir para ser fiel; convencer para transmitir á otros la vida que os ha sido dada. Así como no hay cristiano sin amor, tampoco lo hay sin proselitismo, y lo que yo os pido ante todo desde hoy, es que tengais ambición bastante para abarcar el mundo entero. Nunca saldréis suficientemente de vos mismo para tener en él algún poder; nunca creeréis bastante para vos, si no creéis también para los demás. No digais: yo quiero salvarme; decid: yo quiero salvar el mundo. Este es el solo horizonte digno de un cristiano, porque es el horizonte de la caridad.

